



LA  
PROMESA DE MARÍA




POR  
SOR FELISA GIRAUTA LAJUSTICIA

TEATRO COLEGIAL



# TEATRO COLEGIAL





Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

LA  
PROMESA DE MARÍA

---

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

SOR FELISA GIRAUTA LAJUSTICIA



BARCELONA

ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR | LIBRERÍA DE JULIÁN BASTINOS  
CONCEJO DE CIENTO, 306 | CALLE DE PELAYO, 52.

1902

## PERSONAS

---

LA VIRGEN.

SAN JOSÉ.

EL ERROR.

LA VERDAD

Paganos nobles de { JULIO.

César Augusta. { FAUSTA, SU MUJER.

EZEQUIEL, HEBREO, NAZARENO.

MADROÑO.

SÉFORA, SU MUJER.

Cesarangustanos. { MARCIAL, PASTOR.

{ PAULA, SU MUJER.

UN ÁNGEL.

MARÍA SALOMÉ.

SANTIAGO, SU HIJO, NIÑO DE POCOS AÑOS.

VARIOS ÁNGELES.

---

Es propiedad del editor

---



# ACTO PRIMERO

---

El teatro representa el camino de Belén.

---

## ESCENA PRIMERA

LA VIRGEN, S. JOSE.

S. JOSÉ. Descansa, te lo ruego,  
un punto, esposa amada,  
que es larga la jornada  
y tú cansada vas,  
y en tanto, del Altísimo  
las obras que en tí hace  
loemos si te place.

MARÍA. Me es grata por demás.

*(Siéntanse en algún banco rústico.)*

S. JOSÉ. María, luz brillante,  
que eclipsas la del día,  
velada todavía...  
pronto al débil mortal  
que cruza entre tormentas  
los mares de la vida,

con dicha bendecida,  
verá en ti su fanal.  
Cantaron los Querubes  
un día, en almos coros  
con mil himnos sonoros  
tu limpia Concepción;  
hoy este privilegio  
no cantan ni engrandecen,  
pero es porque enmudecen  
de pura admiración.  
Que al que de plumas viste  
á las aves ligeras  
y tiñe las esferas  
de espléndido zafir,  
por celestial portento  
en mortal envoltura  
su misma criatura  
ha podido vestir.

A Aquel que á las estrellas  
las llama por su nombre  
y pone, aunque asombre,  
puertas de arena al mar,  
á Aquel que el cielo encuentra  
á su grandeza estrecho,  
tu seno, humano hecho,  
le puede ya encerrar.

El que con voz potente  
dijo un día espantado  
al pueblo congregado  
allá en el Sináí,  
con balbuciente lengua,  
sin otros estallidos  
que besos repetidos  
diráte Madre á tí.

Escala eres bendita  
por donde el hombre sube  
como en fulgente nube  
para acercarse á Dios.



MARÍA. Y tú, mi amado Esposo,  
Padre serás llamado  
por Él y así invocado  
á la par de los dos.  
Será el cetro esa vara  
que puras azucenas  
de suave aroma llenas,  
supieron coronar,  
con que de Dios el reino  
ó sea su morada,  
con dicha no esperada  
tú puedas gobernar.  
Él mismo á los mortales,  
que vengan con fervores  
á demandar favores  
en alas de su fé;  
por darte mayor honra  
dirá de ésta manera  
cual Faraón lo hiciera  
un día. «Id á José».  
Y crecerá tu culto,  
y el huérfano y la viuda  
encontrarán ayuda  
en tí, para su mal;  
y llamaráte un día  
en su fervor bendito,  
Patrón, á voz en grito,  
la Iglesia universal.  
Mas todo son piedades  
que nunca merecimos  
ni agradecer supimos  
aunque el sagrado amor,  
haga un volcán del pecho,  
y así, José, humildosos,  
llamémonos dichosos,  
esclavos del Señor.  
Ahora, si lo mandas,  
pues hemos descansado

y amantes alabado  
al infinito Bien,  
sigamos nuestro viaje.  
S. JOSÉ. Tu gusto es siempre el mío.  
MARÍA. Hagamos pues, Dios pío,  
al punto hasta Belén.  
(*Vánse y al salir se cruzan con Ezequiel  
y Julio.*)

## ESCENA II

Dichos EZEQUIEL y JULIO. <sup>c</sup>

EZEQUIEL Adiós y que Él os guarde.  
MARÍA Y } Y con vosotros sea.  
S. JOSÉ. }  
JULIO. ¡Oh Dioses inmortales!  
Qué espléndida belleza  
ante mi vista cruza  
y en pos de sí la lleva,  
y allí a mí esposa inmóvil  
y estática la deja.  
Gozoso he recorrido  
Oriente, y la Judea;  
ante mí han desplegado  
sus galas hechiceras.  
Las rosas perfumadas  
que en el Jasón descuellan,  
del Líbano los cedros,  
de Cades las palmeras  
y allá en los hondos valles,  
los lirios y azucenas.  
Mas ¡ay! rosas y cedros,  
palmas y lises níveas,  
¿qué valen con sus dotes,  
qué valen ante ella?

Su rosicler eclipsa,  
su majestad supera,  
á su esbeltez humilla  
y su nieve avergüenza.  
No es tan hermoso el oro  
de las espigas secas  
que saludando al aura  
inclinan la cabeza,  
como de sus cabellos  
las finas, largas hebras.  
No es tan fulgente el brillo  
que tienen las estrellas  
al ser de oscura noche  
callados centinelas,  
como el de sus pupilas  
bajo arqueadas cejas.  
Tras muros de corales  
se forman en hilera,  
en su graciosa boca  
las nacaradas perlas  
para dejarles paso  
á sus sonrisas bellas;  
y aunque su dulce acento  
pude escuchar apenas  
no son tan armoniosas  
del cisne las endechas,  
cuando el fin de sus días  
ya próximo celebra.  
Arabia la tomara  
por una hada ligera,  
la India por un Génio,  
por una musa, Grecia,  
y la potente Roma  
por una diosa excelsa.  
A esto yo más me inclino  
causándome sorpresa  
que sus divinas plantas  
se posen en la tierra.

### ESCENA III

EZEQUIEL, JULIO y FAUSTA que se habrá quedado durante la escena anterior en último término y mirando hacia donde desaparecieron MARÍA y S. JOSÉ.

FAUSTA. Julio, dijiste verdad;  
yo, atónita y admirada  
ante tan rara veldad,  
á poco caigo postrada  
y la adoro por deidad.  
Tiene su sér peregrino  
algo que no es de este mundo,  
que ni entiendo ni adivino;  
pero al mirarla confundo  
lo humano con lo divino.  
Lleva en su cara serena  
un sello como de diosa,  
la nieve de la azucena,  
el arrebol de la rosa  
y la luz de luna llena.

JULIO. Sí, y en todo el mundo entero  
no hay otra igual maravilla.  
(*A Ezequiel.*) Quién es? Yo saberlo quiero.

EZEQUIEL. Una judía sencilla,  
esposa de un carpintero.

FAUSTA. ¿Será posible, Ezequiel?

EZEQUIEL. La verdad pura y entera,  
si bien esa carpintera  
es del trono de Israel  
la legítima heredera.

JULIO. ¿Cómo tanta humillación,  
si solo por su belleza,  
aun del Olimpo la alteza  
fuera pobre habitación  
á tan sublime grandeza?

EZEQUIEL. En esclavitud maldita  
gime el pobre pueblo hebreo,  
y un intruso ascalonita,  
un vil y torpe idumeo,  
por rey su palacio habita.  
Eso sí, cetro y corona  
son hoy sólo insignias vanas:  
que las águilas romanas  
exigen en esta zona  
tributo cual soberanas.

FAUSTA. ¡Oh! pues si en mí consistiera  
muy pronto todo cambiara;  
pronto la Judea viera  
y por Reina venerara  
á esa humilde carpintera.

JULIO. Yo si cual lo encuentro justo  
también lo hallase hacedero,  
por brindárselo con gusto,  
robase el cetro altanero  
al mismo César Augusto.

FAUSTA. Si Roma verla alcanzase  
pronto un templo le alzaría.

EZEQUIEL. En ruinas lo tornaría  
ó á su Dios lo consagrarse  
la humildísima María.

FAUSTA. ¡María! ¿se llama así?

EZEQUIEL. Es su nombre.

FAUSTA. ¡Nombre hermoso!  
en toda mi vida oí  
otro más dulce y gracioso  
y esto tengo para mí.  
Si se pudiese formar  
un arpa de tal valía  
que diese por armonía  
el melodioso cantar  
de la alondra al nuevo día,  
si tanta sonoridad  
tuviese, cual la cascada

cuando con celeridad,  
con estruendo y majestad  
cae de lo alto despeñada;  
á la par que la dulzura  
del murmurante arroyuelo  
que copia en su linfa pura  
de la orilla la verdura  
y los encantos del cielo;  
si del agitado mar  
cuando abre sus hondos senos  
imitase el rebramar  
con el fulgor de los truenos,  
y hasta del viento el silbar;  
si copiase con dulzor  
el susurro de la brisa  
y el canto del rui señor  
cuando en su nido de amor  
á su consorte divisa:  
música no produjera  
en que con fidelidad  
cual en tal nombre, se viera  
aunada, amable, hechicera,  
la grandeza y suavidad.

JULIO.

Bien le está, su sér desposa  
en maridaje ideal,  
y con modo original,  
la paloma candorosa  
con el águila caudal;  
y en su luciente mirada  
con misterioso fulgor,  
la majestad encumbrada  
con el modesto candor  
brilla del todo hermanada.

## ESCENA IV

Dichos, MADROÑO y SÉFORA

MADROÑO. (*á Sefora.*) Pus... te digo que es mu feo,  
sin más burro que los pies  
y la provisión que ves  
dar semejante paseo.

SÉFORA. Quien manda manda, Madroño.

MADROÑO. Sí, valiente capirucho  
ha tenido ese avichucho  
de Emperador del dimoño,  
Vaya un mandato bien bruto,  
que te han de hacer tanto andar  
para ¡narices! pagar  
al fin del viaje un tributo.

EZEQUIEL. (*A Madroño.*) ¡Hola! ¿no se lleva bien  
por lo visto el viajecito?

MADROÑO. ¿Si lo hago á gusto? ¡Maldito!

FAUSTA. ¿Y cuánto dista aún Belén?

EZEQUIEL y } Muy poco.  
MADROÑO. }

JULIO. Ganas me dan  
de llegarnos hasta allí.  
(*A Fausta.*) ¿Te parece á tí bien?

FAUSTA. Sí:

tal vez ellos allí irán.

JULIO. ¡Oh dioses! ¡volverla á ver!  
¡esta idea me extasia!

MADROÑO. (*á Eze.*) ¿Has visto á José y María?  
En viaje al amanecer  
se pusieron.

EZEQUIEL. Sí los vi,  
por cierto bien fatigados;  
ahora ya aposentados  
sin duda estarán allí.

SÉFORA. ¡Vaya, nosotros también  
buena posada esperamos:  
Adiós!

FAUSTA. Con vosotros vamos  
que queremos ver Belén.

(*Vánse todos.*)

## ESCENA V

El ERROR, luego la VERDAD. El Error vestido de negro y envuelto en un manto también negro: la Verdad traje blanco y manto de tul sembrado de florecillas.

ERROR. (*Por Fausta y Julio.*)  
¡Se van siguiendo sus huellas!  
¡todo me causa tormentos,  
las gentes, los elementos,  
hasta las mismas estrellas  
pues una de las más bellas  
me temo Dios va á formar  
cual lo anunció, por guiar  
á la ciega idolatria,  
y aun tal vez la primacía  
esos dos van á lograr.

VERDAD. Sí, funestísimo Error,  
primogénito del diablo,  
hoy desde un mísero establo  
me hará brillar el Señor;  
se cubrirá de pavor  
y sobre las mismas ruínas  
entre luces peregrinas  
mirará la humanidad  
ensalzada la Verdad  
por las piedades divinas.  
Tú enseñaste á los mortales  
y ellos tanto han aprendido



que ahora mismo han despedido  
al Criador de sus umbrales:  
entre viles animales  
va en un pesebre á nacer  
mas desde allí sabrá hacer  
su primera maravilla,  
y verás cual se le humilla  
la riqueza y el poder.

ERROR. Lucharé.

VERDAD. Vano será.

ERROR. Les diré que es desatino  
en un pesebre mezquino  
buscar á Dios.

VERDAD. Bien está;

á esos dos infieles ya  
la más rica joya mía,  
la humildísima María  
hacia sí supo atraer;  
pronto les hará nacer  
de la Fe el hermoso día.

ERROR. El Ibero y todo el mundo,  
excepto el pueblo judío,  
produce al influjo mío  
un río de vicio inmundo,  
duerme del error profundo  
torpe sueño envilecido,  
y apenas allí habrán ido  
esos cesaraugustanos  
cuando crearán sueños vanos  
cuanto aquí haya sucedido.

VERDAD. Te equivocas, no se ajusta  
eso á los planes del cielo;  
Dios realizará su anhelo  
y á los golpes de su fusta  
saldrás de César Augusta  
mientras el Ebro gozoso  
verá el primer templo hermoso  
de María al nombre alzado,

- en sus linfas retratado  
reemplazando al tuyo odioso.
- ERROR. Yo empañaré á maravilla  
de ese espejo los cristales,  
cruel vertiendo á raudales  
sangre cristiana en su orilla.
- VERDAD. Y de la Fe la semilla  
esa sangre ha de regar  
para hacerla germinar  
con vigor y lozanía,  
y en la *Ciudad de María*  
ciento por uno ha de dar.
- ERROR. Nada es estable en la tierra,  
¿y la fe lo será allí?  
¡Bah! tú te crees que á mi  
la profecía me aterra  
y en tu cerebro se aferra  
tal idea, eso es soñar:  
¿dónde abrigo podrá hallar  
la planta para crecer?
- VERDAD. Tú mismo lo podrás ver;  
á la sombra de un pilar.
- ERROR. ¿Un *pilar* será sostén  
en que estribe tu edificio  
oh Verdad?
- VERDAD. Y tu suplicio,  
pues te aplastará la sién.  
Vente conmigo á Belén,  
verás bosquejo divino  
de él.
- ERROR. ¡Gracioso desatino!  
Lo acepto. Humanos, mirad  
el Error y la Verdad  
marchando por un camino.

(Vánse.)

## ESCENA VI

MARCIAL, PAULA, luego MADROÑO y SÉFORA

- PAULA. Yo no sé lo que se tiene  
ese pícaro ganado  
que por más que lo procuras,  
no puedes apaciguarlo.
- MARCIAL. Tampoco esta calabaza  
que para cabeza traigo  
entiende qué puede ser  
lo que tiene hoy el rebaño.  
Encerrarlo no podemos  
¡y cuando lo sepa el amo!  
Pero qué se le va á hacer;  
por hoy dormimos al raso  
por no dejarlo del todo.
- PAULA. Aquí cerca de este árbol  
pondremos así una manta  
(*Coloca la manta de Marcial entre dos ár-  
boles como formando un biombo.*)  
que de frío nos guarde algo  
y en su vela, esposo mío,  
nos relevamos á ratos.
- MARCIAL. Bien dices. ¡Hola! Madroño  
pronto la vuelta se ha dado;  
y qué mal vinagre traes.
- MADROÑO. ¡Hombre, ya vendré cantando!
- SÉFORA. Es que en Belén no se encuentran  
ni dos dedos de techado  
para la noche pasar.
- MADROÑO. Sí, y si marché regañando  
aura güelvo tan contento  
que al mismo Señor Otavio  
con su cetro y su corona  
y con su Imperio Romano

me lo cenaba esta noche  
con cebolla.

- PAULA. ¡En estofado!
- MADROÑO. ¡Justo!
- PAULA. ¡No seas tan bruto!
- MADROÑO. Esto ya es hereditario;  
mi agüelo jué un animal  
y mi padre todo un asno  
¿y yo hi de degenerar?  
Toa mi vida seré un bárbaro.
- PAULA. ¿Y habéis de ir á Nazaret  
de nuevo? El camino es largo:  
quedaos aquí con nosotros.
- SÉFORA. ¡Muchas gracias! Sois más francos  
que esa gente de Belén;  
que en vez de posada, palos  
te darán, si te descuidas  
un poco en incomodarlos  
(*Siéntanse en el suelo.*)
- MADROÑO. Si me pudiera golver  
yo chinche. ¡Dios soberano!  
ascape agarraba el sueño,  
á pesar de estar tan blando  
el ladrón del mesonero  
que...
- SÉFORA. ¡No disparates tanto!
- MARCIAL. A mal tiempo buena cara:  
cenaremos como hermanos  
lo que en mi morral tenemos.
- MADROÑO. Y lo que en la alforja traigo.  
(*Sacan sus provisiones y empiezan á co-  
mer.*)
- MARCIAL. ¿Qué tal el queso?
- MADROÑO. Tan güeno.
- MARCIAL. Pues el jamón no está malo,  
con ser una *porquería*,  
pues de *puercos*... está claro.
- MADROÑO. ¿Qué está claro? ¿qué, el vinico?

MARCIAL. ¡Ya lo creo, es poco rancio!

MADROÑO. Es verdá.

SÉFORA. Lo que se os pone  
oscuro de beber tanto  
son los ojos y...

MADROÑO. (*A Marcial.*) No digas.  
¿Verdá que los tengo rasos  
sin nubes y con las ñiñas  
(*Por las mujeres.*)  
más guapas que éstas? Un trago  
y nada más.

MARCIAL. Y yo otro.

SÉFORA. (*A Marcial y Paula.*)  
¡Vaya! pues ahora contadnos  
algo de vuestro país  
para entretener el rato.

MARCIAL. Pues mi país... mi país...  
es así, un país muy majo,  
y allí tienen los pastores  
un estilo un poco raro.  
Cuando á uno le coge el sueño  
se hace la cama en un banco  
(*Arréglase con su manta y alforjas una  
especie de cama en el banco rústico*)  
y diciendo: ¡Buenas noches!  
y agarrando por si acaso  
le incomodan, una tranca  
se tiende á dormir bien largo.  
(*Coge su cayado y se tiende en el banco.*)  
Con que si queréis hablar  
cuidadico sea bajo.

MADROÑO. ¡Vaya! pues aquí, en mi tierra,  
somos tan así, tan guapos,  
que en viendo güenos ejemplos...  
(*Se acuesta junto á Marcial y empiezan á  
roncar estrepitosamente, mientras las  
mujeres recogen los vasos, bota, etc.*)

SÉFORA. (*A Paula.*) ¿Ves? ya están los dos roncando.

PAULA. Hablaremos de mi tierra  
pues lo estabas deseando,  
¡Ganas me dan de llorar  
recordando á mis paisanos  
que en su ceguera se entregan  
al culto de dioses falsos!  
¡Ay! y nosotros también  
si no hubiéramos llegado  
aquí, hiciéramos lo mismo,  
adorar por dios al diablo.  
En mi patria, de quien quieres  
te hable—tiemblo al recordarlo!—  
allí donde el Criador  
vertió con liberal mano  
más bellezas, más tesoros,  
más le ofende el hombre ingrato.  
Envían los Pirineos  
trocadas en ríos claros  
las nieves que los coronan  
de jazmín recién cortado;  
millares de frescas fuentes  
brotan entre el césped blando  
y el riego de unos y otros  
unido al clima templado  
llena de espigas doradas  
en el estío los campos  
y de deliciosos frutos  
adorna también el árbol,  
que con sus hojas semejan  
entre esmeraldas topacios.  
Riquísimos minerales  
encierra el monte encumbrado,  
dos mares bañan sus costas  
y dan á sus naves paso;  
el natural de sus hijos  
es á la vez noble y franco  
y sin embargo el error  
tiene allí su trono alzado

y cien ídolos sus templos  
en los que á culto nefando  
se entrega el hispano pueblo  
por el demonio engañado.

*(Marcial y Madroño empiezan á despertar  
y bostezando y estirando los brazos con  
ridículas contorsiones.)*

SÉFORA. No creas que aquí también  
está ese negocio malo:  
hipócritas los de arriba,  
ignorantes los de abajo,  
y viciosos casi todos  
y casi todos malvados,  
aguantan con cobardía  
el yugo de sus tiranos  
y á ellos lo bueno no enseñan  
pero les toman lo malo.  
Para colmo de desdichas  
están todos esperando  
al Mesías; pero no  
cual lo pintan Libros sacros,  
sino uno que á sus antojos  
há tiempo han delineado.  
Esperan que venga rico,  
con imperio soberano,  
y que de bienes los llene  
pero de bienes menguados.  
Creo que si no lo ven  
en magníficos palacios,  
cual los reyes de la tierra,  
con millones de soldados,  
en vez de reconocerle  
aun querrán apedrearlo.

MADROÑO. Lo que es si yo llego á velo,  
como en el Señor aguardo,  
soy capaz por defendelo  
d'arrear un garrotazo  
aunque sea al mesmo Herodes

- que se me ponga á mi paso.  
PAULA. ¡Hombre, pues y esos Doctores  
y esos Fariseos santos,  
que van modestos y graves,  
siempre con los ojos bajos  
llevando la mente en Dios  
y la oración en los labios?  
MADROÑO. ¡Já, já, já! ¡Valientes pillos!  
SÉFORA. Es virtud de garabato  
la que tienen, y á no pocos  
simples llevan engañados.

## ESCENA VII

Dichos, JULIO, FAUSTA y EZEQUIEL.

- EZEQUIEL. Dios os guarde.  
MADROÑO Y DEMÁS. ¡Bien venidos!  
MADROÑO. ¿Cómo la vuelta habéis dado?  
EZEQUIEL. Ni á una puerta hemos llamado  
sin ser también despedidos.  
JULIO. Es tarde y nos cansaría  
volver al alojamiento.  
PAULA. Pues aquí tenéis asiento  
en donde esperar el día.  
Corta cena os ofrecemos  
y algún abrigo también,  
si no os encontráis bien  
de nada más disponemos.  
JULIO. Los dioses quieran pagar  
tal bondad.  
PAULA. ¡Qué acento escucho!  
¿Vivís lejos de aquí?  
JULIO. Mucho.  
PAULA. ¿Diríaisme en qué lugar?  
esto si no os disgusta.



- JULIO. En Iberia y dó retrata  
el Ebro en ondas de plata  
la ilustre César-Augusta.
- MARCIAL. Dichoso hallazgo, también  
en Falduba nací yo.
- FAUSTA. ¿Paisano nuestro eres?
- JULIO. ¡Oh!  
¿cómo vives en Belén?
- MARCIAL. Es algo larga esa historia  
y os podría cansar.  
Pero, ¡calla!... A no dudar,  
si no es infiel mi memoria...  
Mirando con atención...  
(*Mirándole fijamente.*)  
¿No eres Julio Curcio?
- JULIO. Sí.
- MARCIAL. ¿Y cómo os halláis aquí?
- FAUSTA. Viajando por diversión.
- PAULA. ¡Vaya, pues precisamente  
hace un momento decía  
la lástima que me hacía  
de nuestra tierra la gente.
- JULIO. ¡Lástima! ¿por qué?
- PAULA. Verás...  
te va á saber malo...
- JULIO. No.
- PAULA. Pues, porque decía yo,  
que allá en mi país, jamás  
tuvieron la bendición  
aunque otras los cielos mandan  
de saber por donde se andan  
en punto de Religión.
- FAUSTA. Corto es, mujer, tu criterio  
si no llegas á alcanzar  
cuán bien saben adorar  
á los dioses del Imperio.  
Nosotros mismos tenemos  
una posesión hermosa

y allí el templo de una diosa  
al volver alzar queremos.  
En nuestro viaje al Oriente  
una columna admiramos  
de mármol, la que encontramos  
á nuestro plan conveniente  
y gastando un dineral  
á Iberia la llevaremos  
donde con ella formemos  
de la diosa el pedestal.

MARCIAL. ¡Ay! que Dios os ilumine  
con igual piedad que á mí,  
ya que yo le conocí  
tan pronto como aquí vine.

JULIO. ¿Es posible? ¿Fuiste infiel  
á los dioses, y te hiciste  
secuaz apenas viniste  
de los cultos de Israel?

MARCIAL. Sí, si bien tuve primero  
la gran dicha de encontrar  
en Nazaret y tratar  
á un humilde carpintero...

FAUSTA. Un carpintero... Casado  
con una joven tan bella...

MARCIAL. Como el sol.

JULIO. ¿María?

MARCIAL. ¡Ella!

FAUSTA. La misma que hemos hallado.

MARCIAL. De mí se compadecieron,  
mejor dicho, de los dos (Por Paula.)  
y conocer á su Dios  
en buen hora nos hicieron.

JULIO. ¡Oh! si del Dios de Israel  
*ella* es la sacerdotisa,  
si lleva la feliz brisa  
sus plegarias ante él;  
será más grande y brillante  
con mejores cualidades

que el de todas las deidades  
padre, Júpiter Tonante.

## ESCENA VIII

Dichos y un ANGEL

ANGEL (*A Julio.*) ¡Calle tu lengua impía!  
no nombres hoy aquí esa tropa impura  
(*Caen todos de rodillas.*)  
Dios ha elegido á la sin par María  
no ya sacerdotisa santa y pura,  
sino aunque no le cuadre  
á su humildad, para su propia Madre.  
A santas profecías  
da exacto cumplimiento el almo cielo,  
y cual rocío llueve hoy al Mesías  
ó como pura flor le brota el suelo,  
puesto que su grandeza  
se ingiere en vuestra vil naturaleza.  
De aqueste Rey excelso  
es palacio un establo de animales,  
en un pesebre yace el Dios inmenso,  
velado en mortal cuerpo, entre pañales,  
su madre es la más bella  
de todas las mujeres, y doncella.  
Id, hebreos sencillos,  
id á Belén con vuestros pobres dones  
y los suaves y dulces caramillos  
celebren de su amor las expansiones  
y aduerman con cariño  
á quien por agrandaros se hizo niño.  
Y nosotros sin celos  
cantaremos en cítaras de oro:  
¡Gloria á Dios en la altura de los cielos!

y á la par en la tierra por tesoro  
prometa su bondad  
paz al hombre de buena voluntad!  
*(Desaparece el ángel, óyese una suave armonía.)*

## ESCENA IX

Dichos menos el ANGEL

FAUSTA. ¡Oh! de la noche  
quizá el bordado  
velo, rasgado  
en un girón,  
ha permitido  
que descendiera  
de la alta esfera  
suave visión?  
¿O fué delirio  
de nuestra mente,  
sueño esplendente  
breve y fugaz,  
en el que oímos  
dulce armonía  
que prometía  
ventura y paz?

SÉFORA. Nuestra creencia  
nos asegura;  
la visión pura  
fué un Serafín;  
como luceros  
eran sus ojos,  
sus labios rojos,  
su tez jazmín.  
De resplandores  
la sien cercada  
y coronada

de rizos mil,  
sobre su frente  
casaba el viento  
cada momento  
oro y marfil.  
Nos ha anunciado  
—¡raro portento!—  
el nacimiento  
de Jehovah,  
y el que es eterno  
recién nacido,  
carne ha vestido...  
mortal es ya.

EZEQUIEL. El que en el ángel  
encuentra tilde  
en cuna humilde  
quiere nacer;  
mas su grandeza  
mejor aún sella:  
Madre doncella  
puede escoger.

JULIO. ¡Oh, sí! por eso  
brillo esplendente  
allá en su frente  
vi yo lucir:  
vamos, el pecho  
de gozo lleno,  
su casto seno  
á bendecir.

MADROÑO. Sí, vamos, vamos,  
pero no solos;  
no seáis bolos,  
ó por quien soy,  
si no llevamos  
güenos regalos  
á puros palos  
os majo hoy,  
(*A Marcial.*) Yo por de pronto

mercante quiero  
blanco cordero  
y algún panal.

MARCIAL. Yo se los diera  
por propio empeño,  
mas no soy dueño... *(Triste.)*

PAULA. ¡Pobre Marcial!

JULIO. Podéis llevarlo  
tú y tu consorte,  
pues yo el importe  
satisfaré  
y de mi parte  
contigo, esposa, *(A Fausta.)*  
aún mejor cosa  
le ofreceré.

MARCIAL. Mil gracias. Vamos  
por ese atajo,  
que mi trabajo  
ha de alcanzar  
entre esas breñas  
para el chiquito,  
un pajarito  
poder cazar.

## ESCENA X

Dichos y el ERROR (oculto en un tronco)

ERROR. Necios, parad el paso apresurado  
no creáis á la loca fantasía  
que cuadro encantador os ha pintado  
y os vende la noche claro día.

SÉFORA. ¡Uf qué miedo! ¡el suceso es horroroso!

FAUSTA. ¿Qué se nos dice con acento bronco?

JULIO. ¿Es quizá algún oráculo famoso  
que nos quiere instruir desde ese tronco?

ERROR. ¡Cierto! Con aparentes realidades  
os ha el maligno espíritu engañado:

ese hombre que buscáis, por sus maldades,  
en una infame cruz será clavado.

Aquel Señor que forma la tormenta  
y vuela en los terribles aquilones,  
¿cómo podría ser el que hoy ostenta  
la humildad y pobreza por blasones?  
¿Cómo mezclar lo humano y lo divino?

FAUSTA. Tal vez tiene razón.

JULIO. Casi le creo.

MADROÑO. Yo que por savia tiene el tronco indino,  
espíritu de maldito fariseo.

ERROR. Pensad bien lo que he dicho.

MADROÑO. Sí, ¡narices!

Con las patas lo vamos á pensar.

(*Al tronco.*) ¡Adiós, quiusté las tenga mu felices!

(*A los demás.*) Hala, sino no vamos á llegar,

ERROR. ¡Oh! su indocilidad y desatino  
de mí no merecían tal piedad;  
mas la usaré con todo. ¡En su camino,  
deténgalos horrible tempestad!

(*Empieza á tronar y llover.*)

SÉFORA. ¡Ay, qué truenos!

MADROÑO. Aquesto es un respingo  
que el huésped de del árbol nos envía;

(*Al árbol*) Pero, señor, pedrica usted en gringo,  
y sólo entiendo yo la lengua mia.

PAULA. ¿Podremos con tal agua llegar?

MADROÑO. Justo,  
aunque sea embarcaus en mi sombrero

(*Al árbol.*) Si pensó fastidianos, nos da gusto.

(*Echando al aire el sombrero.*)

¡Viva el Niño Jesús! ¡Olé, salero!

MARCIAL. (*Al árbol saludando.*)

Señor, gracias le damos: es muy fino  
pues con este aguacero remonono  
nos ha quitado el polvo del camino  
y así su mala idea le perdono.

SÉFORA. Horrible oscuridad, Dios soberano:

casi no puedo andar

MADROÑO. (*Corriendo.*) Mal lo dices.

PAULA. Si no se ven los dedos de la mano

MADROÑO. (*Cae.*) ¡A poco más, me quedo sin narices!  
(*Vánse todos menos el Error, Julio y Fausta.*)

## ESCENA XII

EL ERROR, JULIO, FAUSTA

JULIO. ¡Lo sobrenatural me sobrecoge!

FAUSTA. A mí el horror me impide hasta el aliento  
¿Quién hace así que fuego y agua arroje  
cual torrente y volcán el firmamento?

JULIO. Potente debe ser el que ahí habita.

ERROR. Sí, potente, mis hechos lo declaran;  
mas no temáis, que protección bendita  
los dioses bondadosos os deparan,

## ESCENA XIII

Dichos y la VERDAD

VERDAD. ¡Basta! torpe y vil Error  
no engañes más á estos seres

(*Golpea el árbol.*)

y muéstrate tal cual eres  
arrojando el antifaz.

(*Sale el Error del tronco.*)

(*Admiración en Fausta y Julio.*)

A mis fulgores benditos  
recobre el ambiente calma

(*A Julio y Fausta.*)

y retorne á vuestra alma  
el bienestar y la paz. (*Cesa la tormenta.*)

¿No te digo, Error funesto, (*Al Error.*)



que eran fútiles y vanos  
tus empeños sobrehumanos,  
tus esfuerzos de Titán?

Ante la Verdad sublime  
¿qué son todos tus manejos,  
si sólo con mis reflejos  
confundo tu necio afán?

JULIO.

Sí, que al mismo sol eclipsan  
los destellos de tus ojos  
y adorándote de hinojos

(*Lo hacen.*)

caemos ante tus pies:  
esa luz pura y brillante  
nos dice con lengua muda,  
sin dar lugar á la duda:

«¡La que veis la Verdad es!»

VERDAD.

¡Vencí!

ERROR.

Mas no avergonzado  
en los abismos me hundo,  
que es corto y estrecho el mundo  
á mi conquista fatal.

Pasearé por sus ámbitos  
el crespón de mis banderas,  
nube de aves agoreras,  
alas del genio del mal.

VERDAD.

¿Sería el sol tan brillante  
si no tuviera á su paso  
desde el oriente al ocaso  
negras sombras que arrollar?  
Nunca brilla tan fulgente  
cual tras noche tormentosa,  
tras tí el Universo, hermosa,  
también me verá brillar.

ERROR.

Siempre el Error en la tierra  
sobre los pobres mortales;  
como paños funerales,  
extenderá su capuz.

VERDAD.

Será sólo sobre aquellos  
que con funestos enojos,

cierren, menguados, los ojos  
á mi soberana luz.      (*Váse el Error.*)

## ESCENA XIV

Dichos menos el ERROR

FAUSTA. Señora, necios y vanos  
oyendo su voz maldita      (*Por el Error.*)  
hacia la cueva bendita,  
hacia el portal de Belén,  
no marchamos con los otros  
y ahora la senda ignoramos;  
más firmemente esperamos  
que nos la muestres también.

VERDAD. A adorar, vendrán gozosos  
tres Reyes de Arabia bella,  
guiados por una estrella,  
al que acaba de nacer:  
vosotros al precederles,  
reales aposentadores  
seréis de ellos, mis fulgores  
vuestra estrella van á ser.

FAUSTA. Vayamos, pues, Señora,  
siguiendo tu luz pura;  
mas antes con ternura  
y acentos de dolor,  
pidamos, de extravíos  
y de miserias tantas,  
perdón á vuestras plantas  
piadosas ¡oh Señor!  
(*Caen de rodillas uno á cada lado de la  
Verdad y ésta les cobija con su manto.  
Cuadro.*)

TELÓN

NOTA — Siempre que salga la Verdad como también el Angel, deberá acompañárseles con luz de bengala.



# ACTO SEGUNDO

Otro trozo del camino de Belén

## ESCENA PRIMERA

EL ERROR, MADROÑO, PAULA, MARCIAL, SÉFORA y EZEQUIEL

ERROR. ¿Adónde, pastores, váis?

MADROÑO. ¡Ay qué espantajo más feo  
y más largo, casi, casi  
tiene medio kilómetro.

EZEQUIEL. Vaya, señor, ya podía  
dulcificar el acento!

ERROR. No temáis nada, que voy  
á daros un buen consejo.

PAULA. ¡Ya, lo que es capaz de dar  
es un susto al mismo miedo,  
y nosotros esta noche  
no ganamos para ellos.

MADROÑO. En cuantico qu' aquel Angel  
nos avisó del suceso,  
no paice sino que el diablo  
se empeñó en danos tormento.

Los troncos como cotorras  
pedrican que es un contento,  
el agua cai á brazaos,  
el cielo se pone negro,  
¡bum, burrumbum, burrumbum!  
¡qué relámpagos, qué truenos!  
y aún no pasan dos minutos  
que se queda todo quieto.  
Van saliendo las estrellas,  
salen tamién los luceros,  
y sale por fin la luna,  
una luna... como un queso  
de bola.

ERROR. Y ahora el sol,  
el sol de la Verdad bello  
con sus fulgores benditos  
os va á salir.

EZEQUIEL. Lo sabemos;  
en el portal de Belén  
está, déjenos ir luego.

ERROR. El sol soy yo.

SÉFORA. ¡Vaya, vaya,  
qué no somos tan camuesos  
y aunque allá vamos, la torta  
de Belén no nos comemos.

PAULA. Sabes, será algún sol viudo.

MARCIAL. Va de luto por su abuelo.

MADROÑO. (*A Marcial.*)

Amos á torialo, chiquio,  
y sino que no use cuernos.

MARCIAL. Bien. Tu serás primer espada.

MADROÑO. Y yo banderillero.

(*Haciendo ademán de clavarle unas ban-  
derillas.*)

¡Eh!

ERROR. ¡Me las vais á pagar!

(*Derriba el Error á Madroño.*)

MADROÑO. ¡Ay, Séfora, yo soy muerto;

m'ha roto veinte costillas,  
trece pulmones y medio,  
quince varas de entistinos  
y cuatro pares de sesos.

El corazón que quería  
dáselo al Cheguito entero  
se m'ha vuelto pepitoria,  
esto es lo que yo más siento.

*(Todos se habrán arremolinado junto á  
Madroño, intentando en vano hacerle  
levantar.)*

SÉFORA. ¿Y la cabeza?

MADROÑO. No sé,  
pero me paice que llevo  
una raja aquí.

SÉFORA. Justito.

*(Séfora le reconoce la herida y empiezan  
á salir muchas pepitas.)*

MADROÑO. ¿Qué es esto que sale?

EZEQUIEL. Sesos  
serán.

MADROÑO. No, que son pepitas  
de melón *(al Error)*. El gran jumento!...  
Vaya unas bromas graciosas.

SÉFORA. *(Al Error.)* ¡Animal!

PAULA. Id. ¡Bruto!

MARCIAL. Id. ¡Zopenco!

*(El Error derriba á Marcial que también  
pugna en vano por levantarse.)*

ERROR. Vamos, que vais á llegar  
al Portal... un día de estos.

MARCIAL. Llegaremos y tres más,  
porque yo soy de mi pueblo  
y cuando allí se nos mete  
una cosa en el *testero!*  
¡poquito tozudos somos!  
No nos convence el lucero  
del alba!

ERROR. (*Guasa.*) Levántate  
pues.

PAULA. Marcial, haz un esfuerzo,  
y tu Madroño, que en cuando  
veas al Niño, estás bueno.

## ESCENA II

Dichos, y la VERDAD, JULIO y FAUSTA

VERDAD. Y antes también.

JULIO. ¡Hola, amigos!

¿qué ha sucedido, que es esto?

(*La Verdad da la mano á Marcial y Ma-  
droño que se levantan sin esfuerzo.*)

MADROÑO. Nada; gajes del oficio,  
¡nos metimos á toreros!...

PAULA. (*Por la Verdad.*) ¿Pero no veis que Señora  
tan bella?

MADROÑO. Pues ya lo creo;  
y debe de ser médica  
porque á mi m'ha puesto güeno  
sólo con darme la mano.

(*A la Verdad.*) Pa que esté todo completo,  
recétele si le paice  
una purga á ese adefesio  
que lo envíe á plantar malvas  
con el cogote y los cuernos.

VERDAD. (*Al Error.*) ¡Desdichado! ¿á qué oponerte  
á los planes del Eterno?

ERROR. (*A la Verdad.*) Te lo dije y lo repito;  
mientras que en el Universo  
haya mentes que discurren,  
á la par de tus destellos  
mis negras sombras irán  
trastornando los cerebros,  
fingiendo lo negro, blanco,

pintando lo blanco negro.  
Brillarás algunos siglos,  
es verdad, más no te temo;  
que aunque los ídolos caigan  
de sus altares soberbios,  
poco á poco iré tus luces  
en el hombre oscureciendo,  
siendo sus propias pasiones,  
sus conquistas, sus inventos  
mismos, auxiliares míos  
para llevarle al averno.  
La ambición, la vanagloria,  
la envidia... escuadrón inmenso  
de vicios innumerables  
incansables, fuertes, fieros  
le batirán siempre en brecha  
sin permitirle sosiego.  
El descubrirá la imprenta,  
y aun otros mil inventos,  
la electricidad, la brújula,  
el vapor... un mundo nuevo...  
y bien, más cómodamente  
desde la ciudad al pueblo  
pasará la corrupción,  
y se aumentarán los medios  
de tener nuevos placeres,  
nuevo lujo, y los impresos  
corriendo por todas partes,  
ora en estilo grosero,  
ya ricamente vestidos  
con las galas del ingenio,  
pondrán periódico impío  
en las manos del obrero,  
en las del simple creyente  
heréticos argumentos,  
en las de la juventud  
novelas, leyendas, versos,  
en que la inmoralidad

oculte puñal artero,  
y, para acabar, en todo  
mi mortífero veneno.  
En fin el hombre extasiado  
ante sus descubrimientos,  
idolatrará en sí mismo  
y á la palabra *progreso*  
querrá desterrar á Dios  
y, por mi falsa luz ciego,  
subirá y se elevará  
hasta tocar en el cielo  
para *descender* tan hondo  
que defienda con empeño  
¡su descendencia del mono!...

JULIO.

¡Nobilísimo abolengo!

VERDAD.

Yo también me serviré  
de todos esos inventos  
para salvar á las almas  
é iluminar á los pueblos.  
Al mundo daré la vuelta  
en forma de misionero,  
y en el fondo de sus bosques  
buscaré al salvaje fiero,  
buscaré al árabe altivo  
en sus ardientes desiertos,  
al japonés en sus lagos,  
al lapón entre sus hielos,  
pagodas, mezquitas, ídolos  
haré rodar con estrépito,  
y, en fin, ese *nuevo mundo*  
conquistaré para el cielo.  
Serán paladines míos,  
no pocos sublimes genios  
que la humildad y grandeza  
en su alma creyente uniendo  
cuanto más sepan y entiendan  
se tendrán por más pequeños;  
á Dios la gloria de todo



sabrán dar y á tí despecho,  
y otros mojando sus plumas  
en la Sangre del Cordero  
desbaratarán tus planes  
y desharán tus enredos.  
Tú, sí, me seguirás siempre  
mas como la sombra al cuerpo  
pues fuerza es que seas sombra  
vistiendo lutos eternos.

ERROR. Bien, pues; hoy te seguiré;  
nuestras fuerzas mediremos  
y... ya veremos quien vence.

PAULA. ¡Qué gracioso compañero  
de viaje!

MADROÑO. Ya verás tú  
como mis ofensas vengo.  
Cuando al barranco que sabes  
á nuestra vuelta lleguemos  
lo agarro de una patica...

*(Hace ademán de cogerle y tirarle.)*

Y si te ví no me acuerdo.

VERDAD. Antes lo arrojaré yo  
mucho más hondo que eso.

SÉFORA. ¿Adónde?

MARCIAL. Allá á las calderas  
del señor Pedro Botero.

¿No es verdad? *(A la Verdad.)*

VERDAD. Sí.

PAULA Y EZEQUIEL. ¡Pobrecito!

ERROR. ¡Lo veremos!

VERDAD. ¡Lo veremos!

*(Váse el Error.)*

### ESCENA III

Dichos (menos el ERROR) MARÍA SALOMÉ con un niño en brazos

SALOMÉ. ¿Dónde vais, buenos pastores,  
me lo querriais decir?

Acabo de percibir  
músicas y resplandores  
cual no oí ni vi lucir.

EZEQUIEL. Y esas luces y armonías  
¿no entiendes qué significan?

SALOMÉ. Yo nó.

SÉFORA. Inmensas alegrías,  
pues al mundo notifican  
la venida del Mesías.

SALOMÉ. ¡Tanta dicha en Israel!  
¿no serán nuevas fingidas?

EZEQUIEL. Dios, á su palabra fiel,  
le envía, ya son cumplidas  
las semanas de Daniel.

SALOMÉ. Es cierto; goza de paz  
el mundo, y el de Idumea  
tiene el cetro de Judea;  
son las señales: ¡su faz  
pronto el Universo vea!  
¡Oh dicha! Yo ya sabía  
que del tronco de Jesué  
hermosa flor nacería...  
mas ¿quién la elegida fué?

EZEQUIEL. Tu misma prima María.

SALOMÉ. ¿Ella? Sí, su santidad  
alcanza tales alturas...  
se pierde en la inmensidad  
y es la más digna, en verdad,  
de todas las criaturas.

PAULA. Ven á darle el parabién.

SALOMÉ. ¿Sin dones?

SÉFORA. Ese prolijo  
afán deja.

SALOMÉ. Está muy bien;  
tengo un regalo también:  
les ofreceré mi hijo.

(*Vuelven á ponerse todos en marcha. Mu-  
tación.*)

Afuera de Belén. El portal y en él la Sagrada Familia. Dos ángeles arrodillados á la entrada de la cueva.

## ESCENA IV

SAN JOSÉ y la VIRGEN (con el Niño en los brazos)  
los dos de rodillas.

MARÍA. (Al Niño.) Permíteme, Dios potente,  
que ya el silencio interrumpa  
y que en loores prorrumpa  
de tu amor inmenso, ardiente.  
Si otro que tú lo dijera  
¿quién había de creer  
que se te había de ver  
nacido y de esta manera? (Pausa.)  
Lo incomprendible me oprime,  
lo inefable me rodea,  
lo infinito... juguetea  
ó al rigor del frío gime. (Pausa.)  
Y si miro al porvenir,  
cuando tu lengua me llame  
¡madre! y caricias reclame  
entre dulce sonreír;  
cuando, caudalosos ríos  
de miel con suaves resabios,  
nazcan besos en tus labios  
para morir en los míos;  
dime ¿cómo he de poder  
soportar el peso inmenso  
de ese gozo tan intenso  
sin morir ó enloquecer? (Pausa.)  
Tú tomas, Rey de la Gloria,  
ojos—¡qué el mundo se asombre!—  
para tornarlos al hombre  
llenos de misericordia;  
¡y esos ojos bienhadados

en que ríe la inocencia,  
registran de la conciencia  
los repliegues intrincados!  
Tomas—¡oh, qué dignación!—  
también, ebúrneas manos  
que tender á los humanos  
brindándoles el perdón:—  
y esa mano que semeja  
ramillete de jazmines  
cogidos en los jardines  
que tu amor desiertos deja;  
sin que nadie se lo estorbe,  
como juguete infantil,  
maneja y da vueltas mil  
á la redondez del Orbe;  
tiene la rienda altanera  
del esplendoroso sol  
y de zafir y arrebol  
pinta y retoca la esfera;  
de luz viste al día hermoso  
envuelve en gasas la noche  
y abre de la flor el broche  
que exhala aroma precioso.  
De esa mano diminuta  
un dedo—¡arcano profundo!—  
sus destinos traza al mundo  
y á los planetas su ruta;  
la que es para el hombre incierta  
hora de la muerte, marca,  
y le abre tras de la parca,  
de la eternidad la puerta.....  
Y, Señor, por conclusión  
¿qué te podré yo decir,  
si estoy sintiendo latir  
tu adorable Corazón?  
Corazón santo, volcán  
de caridad inflamada,  
si ver la tierra abrasada

en ese incendio es tu afán,  
salga en dulces expansiones  
ese fuego que represas  
y haz un monte de pavesas  
de todos los corazones;  
fúndelos con ese ardor  
cual océano de cera  
y la humanidad entera  
sea una hoguera de amor.  
Amor, amor abrasado:  
puedo hablar sino de tí,  
si te estoy mirando aquí,  
en mis brazos, encarnado?

*(Pausa, transición.)*

Mas ¡ay Dios! recuerdo horrible  
ese cuerpo lo has tomado  
para ser por el pecado  
una víctima apacible.  
La frente que de hebras finas  
en rizos, veo cercada,  
veré un día traspasada  
de punzadoras espinas,  
tus rodillas virginales  
horriblemente llagadas,  
tus espaldas lastimadas  
y llenas de cardenales;  
esos pies que han de correr  
en pos de los pecadores,  
las manos que los favores  
á mares han de verter,  
manos y pies que venero  
como miembros de un Dios santo...  
los vere en duro quebranto  
clavados en un madero:  
en fin tu pecho rasgado  
mostrando en su herida abierta,  
al hombre franca la puerta  
de tu Corazón sagrado. *(Pausa.)*

Venid antes que el Calvario  
reemplace al Portal risueño,  
á la cuna el duro leño,  
y á los paños un sudario:  
venid, hombres, de ésta luz  
gozad, pues os sale al paso  
antes que llegue á su ocaso  
y se oscurezca en la Cruz. (*Pausa.*)  
Suple ¡oh José! mi ruindad (*A San José.*)  
y acaricia al Dios Infante  
mientras se acerca el instante  
de que tal felicidad,  
compartan unos pastores  
que con dos pobres paganos  
van á ser los cortesanos  
de este suave Rey de amores.

SAN JOSÉ. ¿Yo recibirte en mis brazos?  
yo con dulces embelesos  
darte dulcísimos besos  
y repetidos abrazos?  
Si la corte celestial  
admira con estupor  
que no hayas tenido horror  
de ese seno virginal,  
siendo así que á esta azucena  
nunca la culpa manchó  
y el arcangel la llamó  
con verdad, de gracia llena,  
¿qué hará al verte reclinado  
en un hijo de maldad  
nacido en la iniquidad,  
concebido en el pecado?  
Estas manos que la sierra  
sólo saben manejar  
¿cómo os han de acariciar,  
Señor de cielos y tierra?

MARÍA. José, depon el temor  
que en tu pecho crecer sientes;

Él quiere que le alimentos  
con tu trabajo y sudor;  
mira con rostro propicio  
tu corazón casto y fiel  
y quiere hacerte de Él  
ayo y aun Padre nutricio.

SAN JOSÉ. (*Toma al Niño.*)

Te obedezco, Esposa mía.  
Mas, Señor, hablar no sé,  
con mi silencio os diré  
cuanto os ha dicho María.

(*Permanecen callados algunos instantes  
durante los cuales debe oírse alguna  
melodía, dentro y muy piano.*)

LA VIRGEN. Trigo de los escogidos  
para ser nuestro Pan bajas;  
no extrañe nadie, entre pajas  
ver tu cuerpo bendecido.

(*Coloca al Niño en el pesebre.*)

(*Luego vienen los pastores cantando un  
villancico que deberán terminar al lle-  
gar á la cueva: ésta debe colocarse á la  
derecha, dejando libre el centro del es-  
cenario.*)

## ESCENA V

LA VIRGEN, SAN JOSÉ, JULIO, FAUSTA, PAULA, MARCIAL, MA-  
DROÑO, SÉFORA, EZEQUIEL y la VERDAD.

VERDAD. Señora, Madre de amor, (*A la Virgen.*)  
á tus plantas soberanas  
guiadas por mi fulgor  
vienen gozosas y ufanas  
las primicias del Señor.  
Él de su pueblo eligió (*Por los pastores.*)  
gentes pobres y sencillas,

bien que también alumbró  
con iguales maravillas (*Por los paganos.*)  
á dos ciegos que aquí halló.  
Tened, pues, la dignación  
de presentar el Dios Niño  
á su amor y adoración  
y recibid con cariño  
de cada uno el pobre don.

SÉFORA. (*Se arrodilla.*)

Rey del cielo, confusos y postrados,  
ante el humilde trono que elegiste.  
Hombre ya te miramos extasiados  
y aun de la oscura noche el manto triste  
de vislumbres de gloria se reviste.  
Aquel que los Profetas entrevieron,  
Aquel que los Patriarcas desearon,  
Aquel de quien figura y sombra fueron  
y de David los cantos celebraron,  
en un establo vil los cielos vieron  
¿y de asombro en pedazos no cayeron?  
Aquel nosotros vemos tierno Infante,  
siendo Juez de los vivos y los muertos,  
y en vez del rayo ardiente, fulgurante,  
se escapan de sus ojos entreabiertos  
las chispas del incendio devorante  
con que arde allí su corazón amante.  
¡Ay Señor, dulce amor! yo bien quisiera  
que las hojas que forman como el traje  
y el verde manto de la Primavera  
cubriendo el bosque umbrío de follaje  
en corazones convertidos viera  
que á tus excelsas plantas ofreciera.  
Quisiera, para hacerte nuevos dones,  
que cuantas gotas de agua el mar encierra  
se trocasen también en corazones,  
y hasta el menudo polvo de la tierra  
añadiendo millones á millones.  
Mas uno solo tengo, ruín y frío



y éste si te lo entrego todo entero,  
para que sea tuyo y no más mío;  
pues desde que te vi, Niño hechicero,  
con esperanza firme y fiel confío  
que querrás aceptarlo dulce y pío.

MADROÑO. (*Postrado de rodillas.*)

Pues que nada á tu grandeza  
se escapa, Rey celestial,  
tú ya sabes con certeza  
que yo soy un animal  
de los pies á la cabeza.

Mi madre, con voz muy alta,  
me lo icía siendo chico:

«Hijo mío, ¡qué poquico,  
qué repoquico te falta  
para ser todo un borrico!»

Y agora ya asegurada  
si llegara á revivir,  
me podría bien decir.....  
que no me faltaba nada.

Así, Señor, yo lo siento  
venir aquí, que sois Dios,  
mas si tenéis un jumento  
que os calienta con su aliento.....

¡mejor estaréis con dos!

Y os puedo asegurar  
que si el sueño no os viene,  
si os escucho llorar

y un concierto os entretiene  
¡soy capaz de rebuznar!

Este cordero tan majo (*Presentándolo.*)

os doy, que aunque s'hace el meco  
con el cuellecico bajo,  
os digo que está más hueco  
que un capazo boca abajo.

Y es que ha llegau á entender  
que os vais á paicer los dos;  
él os va á pertenecer

con lo que vendréis á ser  
ambos *corderos de Dios*.

PAULA.

Al venir á adorarte

(*Postrada.*)

Niño divino,

al mirar tu semblante

tan peregrino

con ansia loca

más bien besos que frases

siento en mi boca.

El sol que por cabellos

tiene brillante

hebras de oro, ensartadas

de mil diamantes

es de seguro

si se pone á tu lado

feo y oscuro.

Las abejas que vuelan

buscando mieles

tomarán tus labios

por dos claveles,

las mariposas

tus graciosas mejillas

por frescas rosas.

¿Y los cielos te miran

sobre granzones

sin traerse al momento

para colchones,

suaves jazmines

ó desplumar sus alas

los serafines?

Más ya, con lengua muda

predicar sabes

que si nidos calientes

tienen las aves

y las raposas

sus cuevas y guaridas,

también, dichosas,

humildad y pobreza

són tus blasones  
porque el hombre deponga  
sus ambiciones,  
y tu grandeza  
dó reclinar no tiene  
ni la cabeza.  
Ahora Señor, qué aceptes,  
mi amor espera,  
este panal compuesto  
de miel y cera  
pues que se avienen  
y á tí como Dios Hombre  
las dos convienen.

MARCIAL. (*Arrodillado.*) En la ciencia de charlar  
son sin duda las mujeres  
según lo que van echando  
del todo sobresalientes.  
Mas, Señor, tú ya lo sabes,  
que aunque la lengua se enrede,  
aquí dentro el corazón  
me da unos golpes tan fuertes,  
como los doy á mi puerta  
cuando estoy al raso, y llueve,  
y esa Paula que me diste  
en lugar de abrirme, duerme.  
Tú que lo haces sobre pajas  
dame á entender, si conviene,  
si es que has venido á segar  
y ensayarte á dormir quieres  
sobre la parva, pues créo  
que si con ese fin vienes,  
hacer acopio de cardos  
y de ortigas, muy bien puedes.  
No da esta tierra otra cosa,  
ni otra cosa de ella esperes  
á no ser que de los ciclos  
hayas traído otras simientes,  
que siembres en nuestras almas

y con tus socorros rieguas.  
Pero creo que no es eso,  
resaladísimo Nene:  
Hay borricada más grande  
que olvidarte y ofenderte?  
Pues como quiera que el hombre  
á tanto siempre se atreve  
haciéndose David dice  
como jumento incipiente,  
y tu Jesusico mío  
bajas del cielo por verle;  
se va todo derechito  
ese tu amor impaciente,  
y como es el hombre... burro,  
le buscas... en el pesebre!  
Tú te has echado esta cuenta  
como el gusto del deleite  
le lleva siempre tras sí,  
cuando al pesebre se acerque  
encontrará, en vez de paja,  
un *trigo*... del rechupete.  
¡Quien te tuviera hecho *pan*!  
¡ay, yo querría comerte,  
pero, Niño, no enredemos  
que es á besos ¿me comprendes?  
Perdona mis necedades  
y aquí tienes mis presentes:  
un cordero no esquilado,  
con cuya lana bien puede  
tu Madre hacerte un gorrito  
para cuando llueva ó nieve.  
Este pajarín también  
te traigo, si te divierte,  
¡bendito sea el trabajo  
que me ha costado el cogerle!

EZEQUIEL. (*A María y José.*)

Como que somos paisanos  
bien sabéis cuán pobre soy

pero me entrego desde hoy  
por esclavo en vuestras manos,  
y á falta de dones ricos  
que poderos ofrecer  
os ofrezco... á mi mujer  
y además mis cinco chicos;  
que encarecer no sabré  
como seremos honrados  
si nos quieren por criados  
Jesús, María y José.

**LA VIRGEN.** En nombre de mi Jesús  
vuestros obsequios acepto  
que aunque en sí sean humildes  
vuestro amor les da gran precio.  
¡Ay! sin amor ¿qué serían  
los serafines más bellos?  
Como Luzbel se trocaran  
en carbones del averno.  
Sin amor lo fuera el mundo  
y los cielos de los cielos,  
y yo también, sin embargo  
de que Él se encarnó en mi seno.  
Que si un establo ha elegido  
y en un pesebre le acuesto,  
jamás se reclinaría  
en un corazón de hielo...  
Pero por qué no se acercan  
esos pobres extranjeros.  
y esa joven? (*Se acerca Salomé.*)

(*A ella.*) Si es mi prima ¡María!  
**SALOMÉ.** (*Arrodillada.*) ¡Señora! el contento  
de ver que Dios te ha elegido  
con soberano consejo  
por su Madre y Reina nuestra  
mi razón deja en suspenso.  
Honor inmenso recibes  
mas ¿quién pudo merecerlo  
cual tú, si no son tan puros

de la nieve el ventisquero,  
ni la aromosa azucena,  
ni los ángeles del cielo?  
Si hay en tu alma más virtudes  
que riquezas en el templo  
¿es extraño que morada  
hiciera en tí el Dios excelso?  
Ester, Débora, Judit,  
Betsabé, fueron bosquejos  
de tus virtudes y glorias,  
como igualmente lo fueron  
de Salomón la litera,  
el trono y el rico lecho,  
y la torre de David,  
la sellada fuente, el huerto  
cerrado y lleno de aromas  
y el Arca del Testamento.

LA VIRGEN. Dale á Dios gloria de todo,  
mirándole Niño tierno,  
tiritando por traer  
de amor al mundo el incendio.

SALOMÉ. Pues me invitas, dulce prima,  
con gran placer obedezco.

(Al Niño.) Niño hermoso y peregrino,  
Niño tierno,  
si capullo tan divino  
da el invierno  
del linaje miserable, corrompido,  
si una flor tan hermosa ha producido  
¿tendrá celos  
de la eterna primavera de los cielos?  
Esperanza de las gentes, luz sin sombra  
si los astros refulgentes son tu alfombra,  
y deseas solamente para dones  
encendidos y abrasados corazones,  
no me aflijo  
pues te entrego con el mío, á mi hijo.

(Arrodillándose Julio y Fausta.)

JULIO.

Señora, si es osadía,  
nos la da vuestra ternura  
diciéndonos con dulzura:  
¡Id á Jesús por María!  
Y á fe que sois un camino  
tan seguro y tan hermoso  
que por vos llega dichoso  
lo humano hasta lo divino;  
pues con dicha bendecida  
por ti á Jesús conocemos  
á este Niño en quien tenemos  
camino, verdad y vida.  
Hoy por la primera vez  
nuestra mente tenebrosa  
miró en luz esplendorosa  
cambiada su lobreguez.  
y trocados nuestros planes  
he aquí el que hemos formado  
que si es de vos aceptado  
colmará nuestros afanes.  
Allá, en nuestra patria amada,  
junto á un río caudaloso,  
del murmullo cadencioso  
de sus ondas arrullada,  
se abre nuestra habitación  
con un prado por alfombra  
y cien álamos por sombra  
formándole pabellón.  
No se oye en el sitio umbrío  
otra voz ni otro lamento  
que en los árboles el viento  
ó entre sus diques el río,  
y tiene tal majestad  
su solitaria hermosura,  
que hace tranquila amargura  
de la más dura ansiedad.  
Allí pensamos alzar,  
antes de esta hora dichosa,

para una fingida diosa  
un templo y un bello altar,  
y una columna labrada  
de jaspe rico y precioso,  
por pedestal orgulloso  
donde fuese colocada.  
¡Oh, si tu bondad quisiera  
ir allí entre serafines,  
para ser de esos jardines  
una eterna primavera!  
¡Si allá sentases la fé  
y los cesaraugustanos  
bendecidos por tus manos  
pudiesen besar tu pie!  
Tú fundirías el hielo  
de esos duros corazones,  
siendo en tanto entre crespones  
la estrella de nuestro cielo.

FAUSTA.

¡Oh, si del sol de Justicia  
eres tú la bella Aurora,  
despunta allí bienhechora,  
ilumina y acaricia  
con tu celeste fulgor,  
á quien, por infeliz suerte,  
en las sombras de la muerte  
tiene sentado el error.  
Sólo á ese pueblo infeliz,  
tenaz, tu excelsa grandeza,  
y suavidad con certeza  
hará inclinar la cerviz.  
Haz, pues, Jesús que le cuadre (*Al Niño.*)  
por trono nuestro *pilar*  
desde dó puedas reinar  
en los brazos de tu Madre.  
Haz, bello y divino Niño  
que esa columna aceptada  
por esta Reina sagrada  
sea al punto con cariño



y aunque el error como un mar  
se desborde en furia loca,  
sus olas en esa roca  
se irán todas á estrellar.  
Ella será digno emblema  
de la fe, en quien la firmeza  
tiene por naturaleza  
y el *¡jamás atrás!* por lema.

*(Vánse los ángeles y vuelven con un pilar  
que colocan en el centro del escenario;  
cerca deberá simularse alguna roca  
para que pueda subir al pilar la niña  
que desempeñe el papel de Virgen.)*

LA VIRGEN. Grato es el don que ofrecéis  
y en los eternos decretos,  
con letras de oro escribió  
de Dios el sagrado dedo  
que fuese la herencia mía  
ese vuestro noble pueblo,  
y desde un pilar reinaré  
yo, cual él desde un madero.  
Os explicaré estas dichas  
dentro de breves momentos;  
por de pronto á vuestro Apóstol  
*(Por el hijo de Salomé.)*  
en este niño os muestro;  
porque mi Hijo no podrá  
recorrer el Universo  
y enviará á sus discípulos  
á predicar su Evangelio  
y á padecer el martirio  
en donde brille su celo.

SALOMÉ. ¿Mi hijo...?

LA VIRGEN. Tu hijo Jacobo.

SALOMÉ. Gracias, Dios mío.

MARCIAL. Me alegro, *(Acariciéndole.)*  
pues creo que el *Santiaguico*  
va á ser todo un caballero.

Pero si has de dar tu vida

(*Al niño Jacobo.*)

por Jesús, ya te lo advierto,  
tendrás que venirte aquí  
y tres más, porque en mi pueblo  
no pagamos los favores  
con esos modos tan feos.

LA VIRGEN. Tienes razón; será aquí  
dó ponga á su amor el sello.

Más escuchad los favores  
que amorosa os ofrezco.

El pueblo hispano es el dote  
queme dá la Providencia (*Cerca del pilar.*)

y un día al fin de esa herencia  
iré á tomar posesión,

y al hallarla entre esplendores  
le daré con mi persona

á su brillante coroná  
el máspreciado florón.

Antes de que deje el suelo,  
del Ebro la linfa pura

retratará mi hermosura  
y le irá á contar al mar,

que de Dios la misma Madre  
la noble nación hispana

gobierna cual soberana  
desde el trono de un pilar.

No lo verán vuestros ojos,  
(*Por el niño Jacobo.*)

pero si los de ese infante  
cuya fe firme y constante

ese premio logrará,  
y con siete convertidos

—las primicias de su celo—  
á mi nombre en ese suelo

el primer templo alzará.

El crecerá como vaya

brillando de la fe el astro

y en mármol y en alabastro  
grabará diestro cincel  
mis glorias y los pintores,  
los arquitectos más sabios  
dejarán allí resabios  
de su ingenio ó su pincel.  
Y cuando en gruesos repliegues  
de la noche los pendones  
entapicen de crespones  
ese templo colosal  
los fieles Zaragozanos  
dejarán sobre mi falda  
del Rosario la guirnalda  
con tierno afecto filial.  
Pero antes, en sólo un día,  
verá Zaragoza tantos  
mártires, invictos, santos,  
al pie del santo Pilar,  
que la Historia al recordarlos  
en páginas admirables  
los llamará innumerables  
por no poderlos contar.  
Los hijos de vuestros hijos,  
—¡Julio, Fausta, qué alborozo!—  
sabrán entonces con gozo  
ante mis plantas morir;  
mientras yo del cielo baje,  
de amor en santo delirio,  
la Corona del martirio  
que su sien debe ceñir.

. . . . .  
y si el ángel del averno  
sus negras alas descoge  
dejará el cielo que arroje  
su ira ante mí como un mar;  
deshecho en nevada espuma  
el furibundo oleaje,  
formará calado encaje

para el mantel de mi altar.  
El último cataclismo  
que de la nada al profundo  
arroje en ceniza al mundo  
verá este pilar en pie,  
y alumbrará en él mi imagen  
del sol el postrer destello  
trocada en alcázar bello  
de los restos de la fe.

JULIO. Estático he escuchado,  
tan soberanos favores  
¿cómo podrá tus amores  
el pueblo hispano pagar?

(*La Virgen pone el pajarito en la mano del Niño.*)

MARCIAL. (*A Paula.*) Ves. Hasta el pajarito lleva  
el Nene.

PAULA. Y es verdad.

MARCIAL. ¡Chica...!

¡¡¡Viva nuestra Virgencica!!!

TODOS. ¡¡¡Vivaaaaa!!!

MARCIAL. A cantar y á bailar.

## ESCENA ULTIMA

Dichos y el ERROR, que mientras bailan y cantan los pastores y FAUSTA y JULIO les contemplan se desliza agazapado. La Virgen sube sobre el pilar y el ERROR empieza á levantarse poco á poco y eleva y extiende el manto cuanto le permiten sus brazos y cubre el pilar y la Virgen.

### Copla

Virgen del Pilar hermosa  
tienes un gusto excelente  
y te has elegido un pueblo  
hasta la pared de enfrente.

MARCIAL. (*Por el Error.*)  
¡Hombre, bien! ¡Vaya un lucero

retrechero el que nos sale!  
Mire, señor, más le vale  
largarse pronto de aquí.

VERDAD. No tengáis ningún espanto  
pues le veréis al momento,  
como el humo por el viento  
desvanecerse ante mí.

*(Se acerca la Verdad y con imperioso ademán hace señas al Error para que se retire; éste va encogiéndose y bajándose poco á poco hasta tocar el suelo; luego buye, dejando descubierto el pilar con la Viryen en la misma forma que tiene la imagen veneranda de Zaragoza. Dos ángeles aparecen á los lados del pilar. El grupo debe ser espléndidamente iluminado con bengalas ó algún foco eléctrico.)*

VERDAD. Hoy en bosquejo mirad  
el bien de vuestra nación  
cuando tomen posesión  
de ella, la fe y la verdad.

FAUSTA. ¡Oh Dios!

PAULA. Cuadro encantador.

MARCIAL. Aquí no hay más que callar.

JULIO. ¡Honra, gloria, prez y honor  
á la Virgen del Pilar!

*Caen todos de rodillas, cuadro; telón.*

FIN DE LA COMEDIA









ANTONIO J. BASTINOS

EDITOR